

## Delirio y drama en Daniel Paul Schreber

Sergio Hinojosa Aguayo

El texto aquí presentado recoge una conferencia pronunciada en la *Biblioteca del Campo Freudiano de Granada* en la primavera de 2006. Sigue al texto el debate suscitado tras la exposición.

El caso Schreber es especialmente importante para el psicoanálisis. En primer lugar, porque las *Memorias de un neurópata* escritas por Daniel Paul Schreber<sup>1</sup> se presentan como el documento sobre el que se han realizado más aclaraciones y aportaciones psicoanalíticas a las psicosis. Y en segundo lugar, porque se trata de un caso inaugural para esta disciplina.

Freud en su investigación<sup>2</sup> se adentra en nuevos territorios. El inconsciente se presenta en Schreber “al descubierto”. Y esta falta de censura lleva a pensar al fundador del psicoanálisis en una nueva dinámica del inconsciente. Además, en ese internamiento novedoso, se topa con el mayor obstáculo que la clínica opone a la transferencia. El psicótico no parece ceder al terapeuta lugar alguno, para escapar a toda influencia. La historia del psicoanálisis en su relación con la psiquiatría ha estado muy mediatizada por los intentos de sortear dicho escollo, pues ante él mostraba los límites de su eficacia terapéutica. Límites más tarde cuestionados y reformulados por Lacan. A partir de las investigaciones de este psicoanalista francés, los análisis reiteran, una y otra vez, las apreciaciones que Lacan hace al respecto en su relectura de Freud, quien, por su parte, a pesar de dicho obstáculo transferencial, dejó al descubierto un campo de observación bien delimitado por un “mecanismo” específico. Aquél que explica lo que sucede en la psicosis delirante. Desde entonces “el rechazo” (o forclusión en términos de Lacan) ha constituido la pieza clave de todo análisis de esta enfermedad mental para el psicoanálisis.

Freud comienza a interesarse por Schreber a partir de la lectura de

*Memorias de un neurópata*, publicadas hacía algunos años. En esos momentos, Freud estaba un tanto preocupado por la actitud de su mejor discípulo. Jung iba afirmando sus tesis en torno al narcisismo y a la psicosis<sup>3</sup>, distanciándose en puntos demasiado sensibles para el maestro. No obstante, Freud, aún podía bromear con él usando el lenguaje de Schreber, para encauzar la difícil relación que mantenían con Bleuler. “A Bleuler -ironizaba Freud- le he escrito asimismo hace unas dos semanas por cuestiones de la *Zentralblatt*, para mantener en buen funcionamiento la “conexión nerviosa” (*Nervenanhang*)”<sup>4</sup>. Jung aún se mantenía con forzada modestia en el “papel de envidioso”<sup>5</sup>.

A finales de 1910, los estudios sobre Schreber estaban prácticamente concluidos. Freud le escribe a Ferenczi una carta en la que le da noticia de ellos:

Salvo unas pocas anotaciones, *Schreber* está terminado; ha costado un trabajo ímprobo. Burla o inmortalidad *or both*; el paso a la psiquiatría es ciertamente lo más audaz que hemos emprendido hasta ahora. El ensayo lo he hecho de prisa y corriendo, terminándolo en 10-11 horas de análisis -especialmente desagradables este año-, pero contiene los bellos pasajes que usted ya conoce. El domingo redactaré las breves explicaciones sobre el yo-placer y el yo-realidad. Quiero llevar los trabajos a Munich para dárselos a Jung. Bleuler aún no ha mandado ninguna sugerencia sobre nuestro encuentro. Seguro que a última hora dará problemas (...) Para satisfacer su curiosidad le diré que he superado la historia de Fliess. Adler es un pequeño Fliess redivivo, igual de paranoico. Por lo menos, Stekel, como apéndice suyo, se llama Wilhelm<sup>6</sup>.

A comienzos del recién estrenado año 1911 Freud escribe a Jones: “...Le entregué a Jung en mano el artículo sobre la paranoia (Schreber) para el tercer volumen del *Jahrbuch*.”<sup>7</sup> Y en esa primavera de 1911, el maestro también le anunciaba su trabajo acerca de los mecanismos diferenciadores de las psicosis y las neurosis. Trabajo que será parte jugosa del Congreso de Weimer, celebrado en septiembre, y que aparecerá bajo el título “*Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico*”<sup>8</sup>.

Desde la psiquiatría, Kraepelin y Bleuler, cada uno desde una óptica distinta, intentaban ordenar el campo de las psicosis partiendo de una fenomenología sintomática. La diferencia entre estas investigaciones y la

psicoanalítica radicaba en que los estudios psiquiátricos partían de los síntomas manifiestos, mientras que Freud, batiéndose con sus propios supuestos sobre la neurosis, estaba convencido de que lo importante para entender la psicosis no era el síntoma sino el mecanismo que lo genera. Por esta razón, recurre a un análisis genético y estructural de la psicosis, aislando las diferencias con las neurosis, y buscando -en un sentido muy preciso- qué es y de dónde procede esa realidad psíquica sustitutiva. En el artículo sobre *los dos principios* planteaba toda realidad psíquica no como algo que pueda considerarse filosóficamente -no es nada que se obtenga con el método reflexivo-, sino como un horizonte donde sujeto y lenguaje se encuentran de un modo particular. Esa realidad, tanto en la psicosis como en la neurosis, no es el producto del pensamiento, sino su condición. El encuentro del lenguaje con el cuerpo, y la realidad psíquica producida sólo se manifiestan en su dimensión genética y estructural en la escucha analítica.

Freud propondrá como núcleo de la psicosis de Schreber un fragmento de lenguaje que incide sobre el cuerpo; una simple ocurrencia, un enunciado (producido en él mismo) que le sale al encuentro como fantasía y que, luego, Schreber escuchará “desde fuera”. El efecto de lenguaje, que al principio se presenta como seductora fantasía consciente, dejará en un segundo movimiento al sujeto fuera de campo, no incluyéndole y eyectándolo de su propio discurso. De tal modo que éste percibirá su propio lenguaje como una exterioridad. Schreber dejará constancia de este peculiar modo de fantasear. El enunciado lo escribiría luego: “que bello debe ser, ser una mujer en el momento del coito”<sup>9</sup>

La enunciación aparece como una raya en el agua. Como algo que traza unos límites para borrarse luego. Pero al contrario que el agua, la onda no se pierde en la lejanía, sino que retorna de un modo peculiar. Si hasta ahora toda la clínica de Freud había estado orientada a partir de una “realidad psíquica” instaurada que retorna desde lo reprimido (*Unterdrücken*), en la psicosis se trata ya de un retorno “desde fuera” (*von aussen*). Y “desde fuera” no quiere decir desde la realidad, sino desde un agujero, desde una falla que obliga al sujeto a crear un hiperespacio, a generar un cierto marco para la salida delirante.

Podemos decir con Freud que todo el delirio no es más que una defensa creativa frente a la irrupción de un goce que, en este caso, cubre la realidad psíquica que enuncia: “Que bello debe ser, ser una mujer en el momento del coito”.

Que alguien pueda tener esa fantasía no quiere decir que por ello se precipite en el delirio. Deben darse ciertas condiciones. Una primera condición es de cercanía, de proximidad identificatoria por la falla de la propia identificación. ¿Quién es Daniel Paul? No es una pregunta problemática, sino abismal. Sin embargo, esa falla puede encontrar en los agarraderos de su vida una salida postiza hacia la mujer. Y, además, debe existir otra condición: aquella que borra toda barrera frente al goce. Cuando se presenta la “fantasía” nada viene a hacer de tope, y el sujeto queda absolutamente capturado. Prendido, pero no en el juego imaginario simulador, sino eclipsado “realmente” en el goce de la mujer en el momento del coito. Su cuerpo sufrirá la mutación, él mismo lo percibirá y tendrá la certeza de convertirse en mujer. Es decir, una condición del goce que rompe las barreras y hace imposible la represión primaria. Una irrupción del lenguaje “una mujer en el momento del coito”, que antecede como acto, y que transmutará toda la identidad del presidente Schreber. Esa irrupción, a la que no puede poner freno sino rechazar, forcluir, constituirá a partir de entonces su realidad psíquica.

Por ser rechazo y no represión, el retorno llegará desde “afuera” con un goce desmesurado ante el cual, sólo le cabrá *crear* esa morada de lenguaje que ponga cierto orden y constriña el goce invasor. Un “lenguaje fundamental” - *Grundsprache* lo llama Schreber-, a partir del cual generar una lengua “propia” y restaurar un orden.

El caso Schreber puede construirse teniendo presente los momentos significativos que marcan las inflexiones y los virajes de la propia experiencia que Daniel Paul tiene de su cuerpo. En cada giro, el sujeto encuentra un modo distinto de asumir suposición por medio de su delirio o, encontrando más alivio, mediante una actividad socialmente reconocida<sup>10</sup>, que lo tranquiliza y estabiliza.

Tenemos noticia de un primer ingreso que tiene lugar en 1884. En esta

ocasión, se le diagnostica “ataque de hipocondría muy severo”. Freud, en el artículo que tiene dedicado al caso, afirma:

también lo sorprendió y lo precipitó al lugar psíquico desde el que no podía encontrar recursos (significantes) para hacer frente a tal requerimiento. Esto es clave, afirma Lacan, para entender lo que es el desencadenamiento de la psicosis. Lacan teoriza este aspecto al desarrollar la expresión “encuentro con *un padre*”<sup>17</sup>.

Daniel Paul pertenece a una larga saga Schreber. Sabemos que el padre, Daniel Gottlob<sup>18</sup> Moritz, llegó a ser famoso en Alemania por los *Schreber Garden*, aunque a esta modalidad de cultivo de jardines y de vida sana, él tan sólo aportara el nombre y algunas bases ideológicas sobre la relación con el cuerpo. De hecho, este tipo de asociaciones, agrupadas en *der Verband Leipziger Schreibervereine*, -la federación que recogía a los asociados-, se dedicaron a vender los jardines-Schreber, abandonando el movimiento de reforma pedagógica que originariamente habían emprendido. El Doctor Schreber fue el creador de aquella pedagogía, más o menos militarizada, que hacía especial hincapié en la disciplina del cuerpo. Creó un espíritu que suscitaba la demanda social de orden y generó en la época de Bismark un movimiento paralelo de cohesión social. Las obras de Gottlob Moritz dejan traslucir una personalidad fuerte y controladora que siempre deja claro la posición del que sabe. Él sabe responder a las cuestiones morales, a las cuestiones educativas; sabe, en definitiva, responder al saber imposible. En este sentido es aplastante, no reconoce a nada ni a nadie sobre sí.

El padre de Schreber aplicaba sus ideas sobre la disciplina del cuerpo y las experimentaba con sus propios hijos. Aparatos correctores, correas de sujeción, baños fríos, etc. Elementos combinados todos, que entrarán luego a formar parte como materia prima del delirio de Schreber; y que, curiosamente, aparecen en manifestaciones del delirio que pueden clasificarse dentro de lo que Lacan llama “fenómenos de franja”<sup>19</sup>. Se trata de fenómenos alucinados más o menos dispersos que entran en juego cuando Schreber no consigue unificar dramáticamente el delirio, cuando se hunde en la experiencia del cuerpo despedazado. Todas estas alucinaciones se ceban en su cuerpo. Por ejemplo, carece de estómago, de pulmones, etc. También, en esta fase, aparecen unos hombrecillos en posición de sentarse alrededor del cráneo, le abren y le cierran los ojos y otra serie de intervenciones que no lo dejan en paz. Esta última alucinación

de los hombrecillos sentados alrededor de su cráneo se corresponde, por ejemplo, con el cerco de una correa que le sujetaba el cráneo para mantener firme y derecha la espalda cuando se sentaba a la mesa<sup>20</sup>. Schatzman interpreta estas alucinaciones en el contexto de un conflicto:

Toda la locura de Schreber es una imagen de la guerra de su padre contra su propia independencia. Nunca está libre de una coacción por parte de lo que él cree que son poderes espirituales externos. Sin embargo, nunca conecta la coacción con su padre. No puede, posiblemente, porque su padre disfrazó (probablemente sin darse cuenta) la fuente del control definiendo ese estado de hallarse bajo el control de los padres como auto-control<sup>21</sup>.

En realidad, no hay un paralelismo entre las manipulaciones ortopédicas del padre y la experiencia alucinada. La alucinación no viene provocada por el recuerdo de la experiencia, sino más bien es la imposibilidad de elaborar simbólicamente la experiencia lo que permitió dejar material disponible para la formación del contenido de las alucinaciones.

Este padre rayano en la omnipotencia tuvo con Paulina Hasse cinco hijos. Daniel Gustav, tres años mayor que nuestro Daniel Paul, estudió derecho siguiendo una de las vocaciones de la familia. En estos estudios siguió Daniel Paul a su hermano mayor de manera mimética, especular. El siguiente de los hermanos era Anna (Anna Jung<sup>22</sup> de casada) quien, al parecer, sufría de histeria. Luego vino al mundo Daniel Paul, a quien llamaban en su familia Paul, nombre compartido por su madre Pauline. Después nació otra hermana, Sidonie (1846-1924); y por último, Klara nacida en 1848.

En 1877, el mayor de los hermanos, Gustav, tras escribir una postal extraña a su madre se suicidó descerrajándose un tiro. Paul tenía entonces treinta y cinco años. Los datos familiares son significativos y abundantes, pero aquí sólo traeré a colación aquellos que sean pertinentes a los aspectos que trato sobre la locura de Schreber.

Freud sitúa la génesis de esta psicosis en la emergencia de una pulsión de carácter homosexual, ante la cual, el sujeto debe defenderse. Freud cree que esa

homosexualidad tiene que ver con el padre o el hermano. Es significativo que, en *Memorias*, cuando Schreber se propone aclarar el asesinato del alma y la cuestión de sus familiares muertos, se interrumpa y deje en blanco el capítulo. Se trata del capítulo tercero que no publicó porque podía herir el honor de estos familiares. Ante este silencio, Freud sospecha que ha habido un incesto. Un acto que no pudo encajar, un montante de libido imposible de canalizar con las armas significantes de que disponía, un acto invasivo, un incesto con el padre o el hermano. Tal vez apunte a este imposible encaje “el asesinato del alma” a que se refiere Daniel Paul.

La interpretación -por otro lado plausible-, no está alejada, sin embargo, de la situación personal del propio intérprete. Freud está influenciado en esos momentos por la relación que sostenía con C. Jung. La crisis no se abrió aún, pero Jung, que es su discípulo más brillante, parece interesarle más la especulación mitológica y la creación de sus propias teorías que seguir el camino riguroso del maestro. Las relaciones transferenciales de Jung con Freud se están tornando problemáticas. Y Freud se muestra inquieto ante esta posible pérdida.

Freud lleva ocupado con el caso Schreber desde antes del verano del Congreso de Nuremberg (1911). Mantiene correspondencia con Jung al respecto. En su análisis, cada vez más divergente del que hace Jung, propone como base de la paranoia una erotización de las relaciones sociales, que a su vez constituyen una sublimación de la homosexualidad latente. En definitiva, un fracaso en esa sublimación. Por otra parte, Jung ya piensa en una sola energía psíquica asexual, capaz de explicar todos los procesos.

Tiempo antes, en una de aquellas sesiones de los miércoles, en que se reunía la Asociación vienesa, Freud hacía una afirmación interesante. El paranoico cuando habla y oscila con su palabra está *creando* la palabra, está *creando* con esa palabra lo que se ha roto que es el yo, está reconstruyendo el yo. De esta suposición, luego, deducirá que tras la hecatombe en esas posiciones yoicas, toda la libido que se retrae del objeto, irá a parar al yo para intentar *reconstruir* a la manera del delirio esa *escena yoica* donde poder situarse el sujeto.



Su análisis pues, no niega, sino enfatiza el compromiso sexual de la pulsión en la psicosis.

En el caso Schreber se pueden señalar una serie de puntos de inflexión. Uno de ellos, el fundamental, se introduce con una fantasía sobre el *ser* mujer y el *goce* de la mujer. Dicha fantasía se produce cuando le anuncian a Daniel Paul que va a ser presidente del Tribunal de la Corte de Dresde. En ese punto de ensoñación se inicia la nueva posición del sujeto, pero sus efectos se precipitarán luego, cuando, efectivamente, lo nombren presidente; presidente entre otros miembros del tribunal mayores que él, con más experiencia y ante quienes no sabe qué lugar ocupa en su deseo. Estos miembros del tribunal harán presente a Schreber un otro opaco del deseo, tan amenazante como una gran mantis religiosa dispuesta a devorar lo que sobresalga. Nada familiar, nada reconocible en el deseo del Otro. Esa alteridad inquietante está a punto de volverle loco. Con el acto de su nombramiento queda “arrojado” a esos otros. Entonces, la amenaza se cumple y la fantasía cobrará todo su valor de “reconstrucción” delirante de la realidad perdida.

La fantasía sorprende a Schreber en el verano de 1893 cuando le anuncian el nombramiento. En octubre de ese año recibe efectivamente el nombramiento y a finales de octubre o principios de noviembre Schreber se encuentra ya realmente mal. Daniel Paul comienza a tener insomnios pertinaces, a oír ruidos inquietantes, a tener ideas de muerte y suicidio.

Cuando esta segunda vez va a ver a Flechsig lo hace con su mujer, Sabina Behr<sup>23</sup>. Tras un periplo, en el que visita a su madre y, precisamente allí entra en confusión, se dirigen a la clínica de Flechsig. Lo internan y pasa un tiempo extremadamente duro para él. “Los días transcurrían, pues, en medio de una tristeza infinita; mi mente abrigaba casi exclusivamente pensamientos de muerte”<sup>24</sup>. Él se encuentra muy mal y Flechsig, como recuerda Mannoni, le dice que no se preocupe, que la neurología ha avanzado mucho y que hay nuevas drogas mejores y más eficaces. Schreber no queda en absoluto convencido y se muestra reticente, sin embargo toma esas drogas. Ya trastornado, delirará con

que le quieren envenenar, pidiendo repetidamente el veneno que le está destinado.

Toma, pues, esas drogas<sup>25</sup>, y no sólo no mejora sino que rápidamente empeora. En Navidad pasea con su mujer, pese al estado “miserio” de sus fuerzas. La depresión no obstante se agrava aún más.

Una nueva depresión nerviosa, y que marcó un periodo importante de mi vida, se produjo alrededor del 15 de febrero de 1894, cuando mi mujer, que hasta ese momento pasaba varias horas por día en la clínica e incluso almorzaba conmigo, emprendió un viaje de cuatro días a Berlín, a casa de su padre, para tomarse unos días de descanso que necesitaba sobremanera. Me sentí tan deprimido durante esos cuatro días que cuando mi mujer retornó sólo quise verla una vez; la explicación que me daba a mí mismo era que quería evitar que me viera cada vez peor. Desde entonces cesaron sus visitas; cuando la volvía a ver de tanto en tanto y después de mucho tiempo, en la ventana de una habitación de enfrente, se habían producido cambios tan importantes en mi entorno y en mí mismo que ya no creí ver en ella a un ser vivo, sino solamente a una de esas formas humanas enviadas allí por milagro, “imagen humana construida a la ligera”. Una noche en particular fue decisiva para mi derrumbe espiritual; durante esa sola noche tuve un número inusitado de poluciones (sin duda media docena)<sup>26</sup>.

En esta situación, pues, bajo la observación y los cuidados de Flechsig, su mujer decide ausentarse y cuando vuelve lo encuentra ya loco. El mundo se ha hundido, los semejantes no existen sino como sombras, como figuras hechas a la ligera. Desde entonces las voces le hablarán sin cesar.

Si ocupar la posición fantasmática anunciada por la fantasía -cuando el nombramiento se hace efectivo- tiene sus efectos en la construcción imaginaria de la paranoia, ese abandono, ese *liegen lassen* (dejar tirado), también tiene los suyos por cuanto no deja salida a lo previamente anunciado. El único sostén que lo mantiene a salvo desaparece, lo “deja tirado”. Y, al “dejarle tirado”, como dice Freud -y como el propio Schreber delira- lo deja entregado a un hombre para que éste *goce de él*. Ese hombre, que es Flechsig -“Dios” magnificado por el delirio-, constituirá el personaje fundamental en el drama delirante.

Entre febrero y marzo de 1893 Schreber comienza a percibir que el mundo se hunde. Hay un cataclismo a partir del cual el mundo va perdiendo consistencia, la realidad se vuelve crepuscular. De viaje a Pirna contempla el paisaje y lo percibe como un escenario de cartón piedra, los hombres ya no son hombres sino “hombres hechos a la ligera” (*hingemachtene Männer*). Con este crepúsculo se abre un tiempo en el que aparecerán fenómenos muy diversos y milagrosos. Durante ese tiempo, todos los movimientos que él se sorprende haciendo, sea ver, oír, o sea que algo se mueva a su lado, todo esto que acontece en torno a él, provendrá de una misteriosa intencionalidad. Las cosas y los seres que le rodean serán movidos ante sus ojos por fuerzas extrañas.

El profundo sentimiento depresivo ante el hundimiento del mundo va dando paso progresivamente a un estado de suma perplejidad, a un estado catatónico. Schreber no habla palabra, hace gestos extraños mirando al sol, se queda inmóvil durante horas. De este tiempo, dirá luego, “fue un tiempo sagrado”. En ese periodo los milagros abundan y las voces le hablan continuamente.

Cuando lo trasladan a la clínica de Lindenhof en el verano, en junio de 1894, donde permanece apenas medio mes, ya sabe que hay un complot contra él. Flechsig se ha confabulado con lo que, según la “Lengua Fundamental” (*Grundsprache*), se denominan “almas examinadas”. Hay ya toda una cohorte de demonios que van detrás de él, que le persiguen e intentan por todos los medios prostituirle y entregarlo a un hombre para que goce de él. Siente que su cuerpo se está feminizando, los nervios de Flechsig vibran en su propio cuerpo. Y nota que hay una cierta “nerviosidad”, que la siente como una voluptuosidad femenina.

La paranoia comienza aquí de una manera que no tiene solución, es un conflicto absolutamente demoledor. Pero esa paranoia va a experimentar un giro cuando, a finales de 1895, en noviembre, encuentre -Freud lo ve así- un sentido nuevo. Esa feminización, esa emasculación (*Entmanung*), esa castración real que aparece en su cuerpo como cuerpo de mujer, y que es efecto de la fantasía que lo sorprendió en el verano de 1893, va a ligarse a otra fantasía para ganar un nuevo sentido.

Ya no se trata simplemente de la fantasía “que bello sería ser una mujer en el momento del coito”, sino que a ésta, se le añade otra: “ser la mujer de Dios, para engendrar hombres espíritu Schreber.” Él debe ser mujer, pero no siendo entregado como un desecho al goce mortífero de otro, sino por la causa más sublime. Debe ofrecer una voluptuosidad, no para entregarse como una puta a un hombre, sino para ofrecer a Dios su cuerpo y generar nuevos hombres de espíritu Schreber. Su misión se dirige a la recuperación de nuevo del orden perdido en el universo y hacia la generación de *una nueva especie de hombres*. Idea delirante no lejana, por cierto, a lo que ya entonces se estaba gestando en Alemania.

En esos momentos ya se ha dado cuenta de que esa “conexión de nervios” (*Nervenanhang*) procede de algo que ha sucedido y que ha roto el “orden del mundo” (*Weltordnung*). Esa “ruptura del orden del mundo” (*Riss der Weltordnung*), tiene que ver -nos dice- con el asesinato del alma.

¿Qué es lo que ha pasado entonces? Bueno, de momento, que Flechsig ha seducido al propio Dios, que lo ha metido en la confabulación y que ha conseguido lo que, en condiciones normales, no hubiera podido hacer ningún mortal. Pues Dios, en su fantasía metafísica, sólo se relaciona con los nervios de las almas muertas y, por eso, no tiene relación ni conoce a los vivos por dentro.

Su delirio constituye un sistema perfectamente elaborado de teología. Elementos de la religión judía, combinados con la religión persa de Zoroastro y la mitología germánica, configuran un recorrido coherente, aunque delirante, que nada tiene que envidiar a teología alguna.

Cuando una persona muere los nervios no se destruyen, simplemente, quedan a la espera de su purificación para reintegrarse de nuevo a la unidad originaria. Esta idea, no tan original, la usa Schreber no sólo en un contexto de producción directa del delirio. También escribe, basándose en ella, un artículo relacionado con la pervivencia de las almas en los nervios. En efecto, en una disquisición que nos ofrece el propio Schreber medrando en un debate de su

tiempo, se postula que ni aún en los antiguos casos de quema de brujas, las almas se perderían completamente. Por más que ardieran, conservarían algunos nervios albergados en el cráneo que el fuego no habría podido destruir (Coincide esta disquisición con una polémica social de la época, suscitada por movimientos a favor de la incineración en Alemania).

En esta particular metafísica, lo normal es que la gente muera y que los nervios queden integrados de nuevo en la unidad de Dios. Para ello es necesario que antes sean purificados. Ordenadas a este fin hay una serie de pruebas, tras las cuales, las almas se integran como “antesalas del cielo” (*Vorhofs des Himmels*), como cavidades que están en la parte frontal de Dios. Y es en los “Reinos Posteriores” donde sitúa a Dios.

Así pues, hay todo un ciclo en el que la vida y la muerte se suceden sin pérdida real alguna. Ahora bien, si se incineran los cuerpos como pretenden algunos modernos de su tiempo: ¿se integrarían sus almas?, ¿no se impediría con ello que las almas se reintegraran de nuevo a Dios? Esta polémica no va más allá en Schreber y tan sólo ronda un problema que le acucia: el asesinato del alma como inicio incierto de un largo recorrido en su vida.

Sea como sea, el caso es que Flechsig ha conseguido que Dios haga una “conexión nerviosa” contra natura, en contra del orden cósmico y con alguien que estaba vivo, que es él mismo. Desde ese momento parece pender del horizonte la certeza de que se ha cometido el asesinato del alma. Flechsig ha realizado esa conexión, para que Dios consiga alcanzar la “voluptuosidad” que necesita para purificar las almas.

Schreber da al término “voluptuosidad” (*Wollust*) el sentido de una forma fenoménica de la “bienaventuranza” (*Seligkeit*). La bienaventuranza que deben alcanzar las almas sólo es posible a través de esa purificación, y ésta la alcanzarán gracias a él, que presta su cuerpo de mujer para que los rayos vengán a ese cuerpo transfigurado y cojan la voluptuosidad que necesitan. De tal manera que Dios en ese momento, precisamente porque no conoce a los seres humanos

por dentro, se ensaña ignorante con el propio Schreber instigado por Flechsig.

Cuando se instale la fantasía de ser la mujer de Dios, para engendrar hombres de espíritu Schreber, el delirio tomará otro sentido muy diferente. La eviración (*Entmannung*) ya no abocará al goce desmesurado de otro que persigue ominosamente, sino que adquirirá un sentido salvífico<sup>27</sup>, dejando de ser algo denigrante y manifestándose como ofrenda ideal. Y justamente, por tomar un valor ideal, es decir, por existir ahí un significante que articula una identidad y estabiliza la psicosis (ser la mujer de Dios) se orientará todo su quehacer hacia ese mantenimiento de la voluptuosidad del cuerpo (goce contenido, anudado).

Esa voluptuosidad purificadora sólo acontece en su cuerpo de mujer. Y ser mujer es lo que le exige Dios para lograr una regeneración del género humano.

En los momentos del acercamiento (de Dios), mi pecho puede convencer a cualquiera de la presencia de senos femeninos relativamente bien desarrollados; todos los que quieran venir a mirarme podrán ver con sus propios ojos el fenómeno. (...) Cultivar emociones femeninas, como me es posible gracias a los nervios de la voluptuosidad, para mí es ya un derecho, y en cierto sentido, un deber. (...) Lo que me anima en estos momentos no debe considerarse baja sensualidad; si aún me fuera posible satisfacer mi orgullo viril, sería naturalmente preferible en mucho mayor grado; por lo tanto, no permitiré que nadie tenga la más mínima sospecha de que pueda haber por mi parte cualquier lubricidad. Pero, ni bien estoy a solas con Dios –si puedo expresarme así- necesito esforzarme con todos mis medios, con toda la fuerza de mi inteligencia, para dar a los rayos divinos de manera continua (en la medida de lo posible, porque el ser humano es impotente para que eso se mantenga de manera continua, y entonces, por lo menos en ciertos momentos del día) la imagen de mujer sumida en el raptó de la voluptuosidad<sup>28</sup>.

No es extraño que Schreber se ocupe de su aspecto de mujer y de su semblante de mujer frente a ese Dios que se lo exige para purificar las almas. Schreber estará así frente a la misión más importante que haya tenido jamás hombre alguno. No sólo se servirá Dios de él para purificar las almas, también será el objeto de sus ataques. Él soportará sobre su espalda el sufrimiento de su incomprensión y la responsabilidad inaudita de generar *nuevos hombres espíritu Schreber* a partir de haber sido elegido por Dios para inseminarle.

Este giro que toma el caso sucede en noviembre de 1895. Freud lo señala y Lacan puntualiza:

Él mismo articuló su solución bajo el nombre de *Versöhnung*: la palabra tiene sentido de expiación, de propiciación, y, en vista de los caracteres de la lengua fundamental, debe empujarse aún más hacia el sentido primitivo de la *Sühne*, es decir hacia el sacrificio, mientras que se le acentúa en el sentido del compromiso (compromiso de razón, con que el sujeto motiva la aceptación de su destino)<sup>29</sup>.

Y justo por este tiempo es cuando Schreber comienza a tomar notas. Él ya no está simplemente entregado a la vorágine del goce del Otro, él está entregado pero armado de una cierta mediación: un drama que sitúa una pareja excepcional formada por un Dios que le exige voluptuosidad y que le promete la regeneración de la humanidad hundida, y él mismo, sometido a la más extenuante y dolorosa prueba.

Desde luego, esta promesa no está exenta de riesgos. El propio Dios, con su cohorte malintencionada, procura destruir su razón impidiendo su misión. Pero él no cesará en su esfuerzo titánico y no consentirá esa destrucción, perseguida con mil argucias, ni abandonará la idea de esa regeneración a base de hombres espíritu Schreber. Su escritura pondrá orden en todo este proceso.

Primero escribe en hojas sueltas de calendario, en pedazos de papel. Confiesa que necesita escribir para aclarar "lo que me está pasando". Luego escribe en cuadernos ordenados. Pretende con la escritura comunicar su experiencia a los otros, a la familia, a la comunidad científica, etc. Cuando pasen dos años, en 1897, la escritura habrá alcanzado una amplitud inusitada, permitiéndole una salida más potente al delirio. Esa salida tiene que ver -así lo ha visto una cierta tradición psicoanalítica- con el *cuarto nudo* que Lacan propone en su seminario sobre Joyce. En Joyce, la escritura anuda lo real, lo simbólico y lo imaginario, de tal modo que si uno de estos lazos se desatara, los cuatro se desencadenarían y el desorden cundiría en todos los niveles de la realidad psíquica.

Schreber comienza, pues, a ordenar esa escritura en cuadernos, alcanzando en ese orden un cierto proyecto, un proyecto para dar a conocer al mundo -sobre todo a los científicos y desde luego a Flechsig- cómo su cuerpo y él mismo se han convertido en un campo de intervención divina. Realmente, se trata de una experiencia sagrada que tiene un sentido muy profundo, pues afecta a toda la humanidad y, por ende, a todo el orden cósmico.

Pese al complot, la razón de Schreber se conserva intacta. Y, aunque loco, razona impecablemente. Si alguien accediera a una experiencia tan elevada se sentiría igualmente un elegido y pretendería también que todo el mundo conociera ese destino. Pues Schreber no es sólo importante, sino incluso vital para la existencia de Dios.

Es a partir de este remedo fálico, (ser la mujer que falta a los hombres)<sup>30</sup> de este posicionamiento idealizado en su existencia delirante, que comienza una demanda distinta. Él no va a constituir un peligro para nadie. Si se comporta de manera excéntrica y se ve forzado a actuar de ese modo, mirándose al espejo con tocados de mujer -dando de vez en cuando alaridos o haciendo gestos extraños- es porque tiene poderosas razones para ello. Por eso pide a los demás que toleren esas pequeñas molestias a cambio de la gran promesa que entraña su misión. Su aparente locura no debe acallarse y confinarse en solitaria reclusión. Bajo esa apariencia distorsionada sufre la existencia que le ha tocado en suerte, desde la posición más digna. Ésta es la razón por la que no debe permanecer por más tiempo internado. Él se debe a su misión y sus pequeñas excentricidades están justificadas por las más altas razones. De hecho, los otros, algo captan de esta nueva contención, pues lo van dejando salir solo del Sanatorio, para hacer una vida un poco más libre.

En 1899 Weber, director del asilo de Sonnenstein, en donde pasa la mayor parte del tiempo de ingreso durante esa crisis, escribe un primer informe detallado en el que expone la necesidad de prolongar el encierro y que es interesante leer. El perito considera en él que pese a su comportamiento, aparentemente normal, aún subsisten las ideas delirantes y que, por lo tanto, no se le puede devolver la



capacidad de la que le había privado la inhabilitación. Esta incapacitación se remonta años atrás, cuando a instancias de su mujer se le había declarado no apto para gestionar sus propiedades, bienes y asuntos personales.

Él se rebela contra esta situación desde el momento en que se ve provisto de una alta misión que cumplir. A partir de ahí, su escritura va a ser instrumento para demostrar -aquí es interesante señalar que no se trata de escribir por escribir, pues esta escritura se dirige al tribunal- que no ha perdido el juicio (como la confabulación pretende) y que está en condiciones de ejercer sus facultades perfectamente.

Esto es importante, pues no se trata de las notas sueltas que escribía durante el periodo testimonial, sino que ahora se trata de una estrategia sistemática y obligada, que lo estabiliza mucho más y le posibilita mantener relaciones más medidas con cierta "realidad exterior". Por ejemplo, comienza a escribir a su mujer, y a un familiar. El mundo, o al menos sus exigencias tamizadas por las del delirio, comienzan a contar otra vez, facilitándole la relación con los demás. Un psiquiatra bienintencionado y comprensivo podría afirmar que lo que hace Schreber es una crítica a su propio delirio. Pero, esto no sería totalmente cierto, pues él cree profundamente en ese destino y en las voces que se lo marcan. A veces, cuando dice que los hombres hechos a la ligera ya no existen, parece distanciarse del delirio. Los considera como parte de la experiencia pasada. Pero existieron, y la lógica que volatilizó a los vivos y que lo sumergió en la experiencia con las almas de los difuntos sigue tan viva como al principio. Y él sigue convencido de su exclusiva y privilegiada relación y en su insoslayable misión.

Podríamos convenir con tan bienintencionada mirada que *la realidad* ha ganado consistencia otra vez. Para ello habría argumentos de peso. Por ejemplo que, efectivamente, consigue en 1902 el levantamiento de la interdicción y la propia libertad, y que un año después consigue publicar las *Memorias de un neurópata*. Pero con suponer que la crítica del delirio lo devuelve a la realidad, no entenderíamos qué sucede en esa latencia que va de 1902 a 1907, ni tampoco por qué retorna, esta vez de manera irreversible y trágica, la alienación y la locura.

El análisis de Freud llega hasta la liberación del presidente y la publicación de sus memorias. Freud no conoce la recaída de 1907 ni sabrá que acabó su vida demenciado en un asilo. En mayo de ese año de 1907 moría Pauline Henriette Schreber Hasse, madre de Daniel Paul, y en noviembre, Sabine, su esposa, sufre un ataque producto de una afasia pasajera. Él, desasistido imaginariamente por esa pérdida real de la madre, expulsado del frágil remedo de drama edípico que lo sostiene, no podrá soportar ya la ausencia pasajera de su mujer y se ve arrojado de nuevo fuera de la escena, cayendo en la psicosis. Esta vez, no quiere saber nada de Flechsig e ingresa no en su clínica, sino en el asilo de Dösen, donde acabará sus días.

Existe, entre los documentos rescatados por Han Israëls, un poema que le dedica su mujer con motivo de su cumpleaños y que le envía cuando se va a Berlín y lo “deja plantado”. Detrás de la aparente piedad, se esconde el sadismo. El poema reza así:

Antes de que la verdadera paz se apodere de ti  
-la apacible paz de Dios-  
La paz que ninguna vida otorga,  
Ningún placer en este mundo,  
Será necesario que el brazo de Dios  
Te hiera/ y que clames: “Ten piedad, oh Dios,  
Ten piedad de mis días.”  
Será necesario entonces/ que tu alma profiera un grito  
Y que en ti se haga la noche/ como antes del día de las cosas.  
Será necesario entonces que, total y pesado,  
El dolor te derribe.  
Que ninguna lágrima más/ brote de tu alma.  
Que cuando haya cesado tu llanto  
Y estés cansado, tan cansado,  
Un huésped fiel se acerque a ti,  
La apacible paz de Dios<sup>31</sup>.

Uno se puede preguntar qué tipo de relación está implícita en este “regalo”, pues pese a que Schreber y su mujer intentaron, con cierta insistencia, tener hijos -de hecho, ella tuvo varios abortos-, e incluso valorando el deseo que traduce la adopción de una hija cuando él salió de Sonnenstein, permanece la impresión de

que el poema cumple una venganza.

El deseo de muerte que pesa sobre él queda velado tras esa piedad de Sabine. Este deseo no sólo lo recibe de otro, él mismo; está poniéndose continuamente en jaque mate. Son las voces y las visiones las que le acosan y buscan su aniquilación.

Imagínese solamente a un individuo que se comportara frente a otro individuo, en el curso corriente del lenguaje humano, de la misma manera como se comportaron los rayos conmigo desde hace años y aún hasta el día de hoy, y se podrá vislumbrar débilmente la enormidad del daño contra los derechos más fundamentales del hombre que constituye el juego forzado del pensamiento, y hasta qué grado extremo, inconcebible humanamente, mi paciencia fue puesta a prueba. Imagínese a un hombre que se fuera a plantar ante su vecino y que lo abrumara días enteros con frases incoherentes como hacen los rayos (“Ojala mis”, “Era en efecto”, “En cuanto a usted, debe”, etc.) (...) no estoy en condiciones de oponerme a una acción sobre mis nervios que participa del poder milagroso divino. Sin embargo, no puede recurrirse sin cesar a la palabra humana (en voz alta) que sigue siendo el último refugio de la garantía del derecho de ser el amo de uno mismo; primero por gentileza para con los que nos rodean, luego porque hablar en voz alta impediría cualquier ocupación racional, y finalmente porque la noche excluiría toda posibilidad de dormir. Es precisamente por esto que tratan continuamente de obligarme a hablar en voz alta por medio de la pregunta: “¿Por qué no lo dice? (en voz alta)”, o por medio de términos injuriosos (ver capítulo IX).<sup>32</sup>

Las voces lo torturan y tratan de aniquilarlo, pero también nombran los elementos de su universo delirante. Uno puede preguntarse dónde va a parar toda la fuerza de esa pulsión de muerte durante la estabilización de la psicosis. Dónde va a parar esa otra cara de la realidad psíquica que lo conduce, que lo lleva y lo trae y que no sólo lo tortura o precipita su delirio “ser una mujer en el momento del coito” sino que, de alguna manera, funciona como límite y contorno de su fantasma.

En su caso parece que la relación con los hombres lo descoloca siempre que haya algo que la erotice, siempre que haya algo que quite el velo a la relación imaginaria y aparezca la castración real. Esa castración que no ha habido más que en forma de rechazo. Por tanto la pulsión adquiere esa forma del rechazo cuando no alcanza un elemento imaginario del delirio que la represente.

Con el tema del rechazo se introducen el criterio diferenciador de la psicosis con relación a la neurosis y la estrategia específica a seguir. Para Freud y para Lacan en este mecanismo de defensa está la clave, sólo que éste último lo desarrolla teóricamente y lo aclara al introducir el término “forclusión”. Esa forclusión es el rechazo de la afirmación primordial (*Bejahung*), el rechazo del significante del nombre del padre, cuya expulsión tiene consecuencias catastróficas en la organización psíquica. Para Lacan queda claro que ese rechazo no es sin el concurso de los deseos de los padres e, incluso, de la anterior generación.

Si esa realidad psíquica estuviera reprimida, el entregarse a alguien, el ponerse al servicio de alguien, de una causa, etc., pertenecería a la serie de fenómenos humanos más comunes. Se trataría entonces de tomar un padre imaginario que nos conduzca, ya se encuentre en el seno de un grupo con su *causa*, o de manera más diluida y aparentemente individualizada formando parte del ideal.

Ahora bien, si esa realidad queda rechazada, ese padre imaginario forma una barrera total, pero frágil, ante un agujero por donde todo lo terrible viene a tomar cuerpo en forma de alucinación. *Dios* hace de freno a la vorágine del cuerpo despedazado<sup>33</sup> y a la situación de precariedad tan dramática introducida por el “dejarle tirado”. Pero también, la escritura hace de freno y, tal vez de manera más benéfica, por ordenar ese parapeto.

Schreber, cuando comienza a escribir durante este prolongado internamiento, llama “sistema de notas” a todo aquello que escribe en hojas de calendario y papeles sueltos que encuentra. En este “sistema” las voces, las almas -una vez establecida la conexión de nervios (*Anhangnerven*)- se convierten en nervios. Y, estos, cuando tienen función creadora, son “rayos” (*Strahle*). De tal manera que cuando los nervios comienzan a hacer milagros los denomina rayos. Aparecen milagrosamente los pájaros cantores, por ejemplo, y toda una serie de fenómenos alucinatorios, insectos que vuelan a su alrededor porque, en realidad,

los están guiando estos rayos para decirle cosas. Pues bien, uno de los fenómenos milagrosos que aparecen consiste en que esos rayos le mueven la mano para que escriba, mientras otros rayos van a leerle las notas, para probarlo a ver si se ha vuelto imbécil. Porque, en el fondo, de lo que se trata es de destruirlo, en el sentido de destruir su virilidad, que en cierto modo ya lo han conseguido, pero ahora tiene un sentido nuevo, aniquilar su razón. Pues hay algo que estorba a Dios. Dios quisiera dirigir los rayos con absoluto dominio y el pensamiento de Schreber le estorba. Entonces quiere aniquilar esa razón, para que pasen sin ningún tipo de obstáculo. En esa escritura no aparece nada tranquilizador, contiene por el contrario una construcción fantasiosa que tiene que ver con el poder omnipotente y terrible del padre.

Él escribe porque le mueven la mano, y le mueven los ojos, para que las almas lean lo que escribe. La escritura, por tanto, no siempre cumple ese papel de estabilización en la psicosis. Es estabilizadora cuando forma parte de una relación transferencial con “alguien”. La escritura comienza a tomar sentido, y con ello a disminuir esos fenómenos de franja, cuando Schreber escribe para mostrar al mundo su experiencia y, sobre todo, cuando se pone en juego su voluntad de demostrar al tribunal que él puede y debe salir del asilo y sobre él debe dejar de pesar la inhabilitación.

No obstante, los fenómenos psicóticos no desaparecen totalmente. El fenómeno del alarido sigue ahí, pero él, Schreber, tiene ya un armazón articulado, un “almohadillado”<sup>34</sup> -dice Lacan-, a partir del cual puede moverse, -con cierto cuidado, es verdad- por entre los demás mortales.

Parece que es justamente cuando la escritura tiene un *destinatario*, que se estabiliza y alcanza ésta a cumplir una función de organización de la experiencia subjetiva. Ello puede permitir al sujeto una posición frente a esa realidad. Cuando los informes de Weber desaconsejaron su salida del asilo, se vio alentado a seguir esa senda reivindicativa. Fue ese obstáculo a su entera libertad lo que le forzó a centrar mucho más su acción, a disciplinar su escritura y a adquirir una consistencia en ese almohadillado que lo soportaba. Este resultado no se produjo

a partir de una intencionalidad terapéutica del médico, surgió de los acontecimientos. Tal vez si no hubiera encontrado ningún tipo de *leitmotiv*, la propia paranoia se hubiera hundido antes en la demencia.

Los fenómenos que se manifiestan en la psicosis de Schreber son, entre otros, las ideas hipocondríacas de muerte, de envenenamiento, oye ruidos, “perturbaciones”(Störungen), todos ellos retornando desde el polo de la percepción. Todo lo que le sorprende lo interpreta como si las cosas que se presentan inesperadamente estuvieran dirigidas por otros. Por otros en el mejor de los casos. Pues, la mayor parte de las veces, se mueven solas, produciendo un efecto de extrañamiento inquietante, un efecto siniestro (*unheimlich*). Pero ese sentimiento siniestro acaba teniendo un nombre y, por tanto, encajando en un registro subjetivo. Son fenómenos en dispersión que acaban encontrando una cierta coherencia cuando la fantasía empieza a componerlos dramáticamente. Podríamos decir que, Schreber, se arma como una especie de falso Edipo, de estructura imaginaria del Edipo que sirve de soporte a todos estos fenómenos. Y cuando esto ocurre, entonces, van desapareciendo y centrándose el asunto en una rivalidad, en una confrontación, que es lo que se entiende como paranoia. Aquí, en este caso, frente a la dispersión en franja de fenómenos subjetivos, podemos observar el poder y la profunda significación del drama como dispositivo humanizador.

Las voces no sólo las oye, también son luego registradas en su escritura. Oír las voces en la psicosis no ocurre de una sola manera. Hay voces que no dicen nada, voces parlanchinas e insustanciales. Sin embargo, hay otras voces que son terribles, pero verdaderas y menos angustiosas que las que no dicen nada. Cuando se produce lo que Schreber denomina el “amarre a tierras” (*Anbinden an Erden*), los astros comienzan a tener nervios y se forma como una gigantesca masa inervada, como una unidad del universo, una sola unidad inervada toda, donde hay aparentes separaciones que no son tales, pues luego se reintegran de nuevo al todo.

Cuando se produce ese “amarre a tierras”, que es contra el orden universal,

y que tiene que ver con ese *Nervenanhängen*, -esa conexión nerviosa que establece Dios gracias a Flechsig-, comienza el asedio contra la fortaleza de Schreber. Se produce un fenómeno de voces, pero multitudinarias; de murmullos constantes, que no lo dejan en paz, que le recriminan y atosigan con tonterías. Las voces no dicen nada, pero no son ruidos. Son almas que van perdiendo la subjetividad. Lo que él tiene *ante el espejo* es una duplicación continua de las almas. Multiplicación de almas, que van perdiendo entidad, características peculiares sobre las cuales asentar un “esto digo”, un “esto quiero”. Esas voces que van multiplicándose lo están poniendo en jaque continuamente. Entonces tiene que reaccionar contra eso con el milagro del alarido, dando gritos, tocando el piano de forma desaforada, para intentar poner freno a ese sonsonete.

Todos los personajes que aparecen en el delirio tienen una misma característica: no conservan una identidad, sino que se duplican como todo lo imaginario. Hay, por ejemplo, un Dios superior, Ormuz, y otro dios inferior, Ariman. Entonces, cuando habla el dios inferior él escucha una voz “grave”, que truenas, que hace vibrar las ventanas, que le impone un miedo horroroso, pero que está hablando de verdad. Le dice cosas tales como que él es una mujer, etc. Digamos que hay unas voces que son más humanas que otras, unas que son más dramáticas que otras, que lo capturan más, para componer un drama sobre el que sostenerse. También hay una escritura que da pie al drama, -y que, por tanto, humaniza- más que otra.

O. Mannoni señala que la escritura es más reconfortante para Schreber que la palabra<sup>35</sup>, pues ésta continuamente le está asaltando y haciendo cambiar de ideas, en una ebullición donde el sujeto no se puede situar. Mientras que la escritura, él mismo lo dice, “cuando escribo no me pueden desdecir”, le crea una referencia más constante para situar-se. Pero esto sucede tan sólo cuando escribe los cuadernos y no cuando está tomando notas (sistema de notas). Es decir cuando ya tiene en perspectiva algo, cuando ya hay un ideal que centra eso. Cuando orienta la escritura un ideal que hace suplencia de ese nombre del padre.

El elemento más fundamental del caso, la fantasía que arma todo el delirio,

Freud lo sintetiza en los conocidos enunciados de “Yo, un hombre, amo a un hombre” con sus correspondientes permutaciones, para decir que la realidad psíquica no se encuentra en las entrañas de lo biológico (en un intercambio químico de las sinapsis, podríamos actualizar), sino que hay que buscarla en el lenguaje, en lo que “se dice” en el sujeto. No tenemos noticia del sujeto si no habla. Y en eso que se dice está el sujeto y su devenir. El núcleo fundamental no es “Yo, un hombre amo a otro hombre”, sino “un hombre se ama”. El término “amor” es harto engañoso, no es que *él* ame, es que hay un goce sin nombre, que lo desborda, que lo expulsa del discurso y ante el cual debe construir algo para hacerle frente. De manera que toda la enfermedad es una reacción a una realidad psíquica que no ha sido reprimida, sino rechazada y por ello mismo retorna como un goce invasivo.

Habría que preguntarse qué es el rechazo, porque decir “no”, desde el punto de vista que Freud lo observaba en la neurosis, no se corresponde con un rechazo, sino con una represión. Y la represión posee su modo particular de aflorar a la superficie. Por ejemplo, cuando un paciente decía “no es en mi madre en quien estoy pensando...”. Pero el rechazo no es una manera de decir lo inconsciente, el rechazo es algo anterior a esa posibilidad. El rechazo afecta a la posibilidad de que algo sea acogido o no en primera instancia. Freud entiende que se produce aquí una fijación entre el autorerotismo y el narcisismo. Como si el paso a la formación de la imagen en el espejo no estuviera dado. Como si se tuviera que reconstruir un escenario narcisista porque, precisamente, la imagen en el espejo que habría de sustentarlo ha sido rechazada. Algo en esa mirada del espejo, algo del deseo del Otro, ha sido totalmente rechazado. El goce pulsional no queda fijado tampoco por lo imaginario del Edipo, no queda amortiguado y moldeado por el amor y el drama, por eso queda fluctuando y amenazante.

Hemos de suponer una imposibilidad en la asunción del deseo que pesa sobre el sujeto. Nada hay primordialmente reprimido para que desde ahí, desde ese núcleo, se produzca. Un posible indicio de ello nos conduce al padre. ¿Qué es el padre en el discurso de la madre? ¿qué significa su palabra como depósito del deseo del Otro? El padre no era amable, tampoco consentía que nada



contraviniera sus expectativas. Cuando a una de las sirvientas se le ocurrió dar un trozo de pera al niño en horario no previsto, fue inmediatamente expulsada de la casa. Los hijos debían despertarse muy temprano y ducharse con agua muy fría. Debían usar toda suerte de aparatos para mantener una posición correcta en todo momento<sup>36</sup>. Los obligaba a realizar los ejercicios y a cumplimentar todo aquello que servía para regenerar y crear nuevos “hombres espíritu Schreber”.

No constituyen toda esta serie de actos del padre la causa de la enfermedad del hijo. Pero si a este deseo del padre, demoledor y sin resquicio para el hijo, nada lo frena, nadie le contesta y simplemente se consiente con él, acaba siendo imposible encontrar un lugar para ser más allá de esta palabra del Otro que lo reduce a objeto de goce. La mirada que todo lo escruta, el saber que no deja hueco, la profunda ignorancia del otro que existe, son atributos de Dios y de ese padre. Si nadie corta esta palabra que se desliza de goce narcisista en goce narcisista, si nadie desdice al goce fálico, no hay más que eso.

El tercero en la formación del estadio del espejo es muy importante, pues es la mirada que sostiene a eso que somos de pie, a esos seres hablantes que somos queriendo, hablando, diciéndonos. Por más que seamos animales, lo somos dentro de un lenguaje humanizado, y todos nuestros movimientos, nuestros afectos, nuestros intereses, deseos, objetivos, etc., tienen que estar soportados inauguralmente por ese consentimiento del ser que somos, por ese deseo que nos acoge, esa mirada del tercero en liza que *nos* sostiene.

El rechazo es ese no admitir que alguien esté de pie por su propio pie, ese no consentir con la estampa del bebé, con la exigencia a veces caprichosa, heterodoxa, o simplemente un tanto diferente, que procede de ese lugar, a poco que se le haga existir. Si quien está en vías de existir no es sostenido por el deseo, no cabe recepción alguna de ese nombre que lo nombra, que lo puede unificar en su experiencia, que lo ata de algún modo a la vida. El lugar que encuentra es un lugar inestable, resbaladizo, incandescente para sus pies.

La demanda del psicótico, de Schreber en este caso, no es que le quiten las

ideas extrañas o el delirio, sino que, realmente, lo desalojen de ese lugar infernal de ser objeto de goce para el *Otro*, de ser objeto de desecho.

**Pregunta:**

*¿Podría ponerse en relación el significante “Dios” en el delirio de Schreber con la fe de Dios en los creyentes? ¿Con qué tradición o tradiciones entroncaría?*

**Respuesta:**

Lo que pienso que hace Schreber es una creación intelectual con la materia prima que coge de Flechsig, de su padre, etc. La expresión “rayos”, por ejemplo, pertenece a las frases escritas por su padre en el tratado sobre la gimnasia; los insectos milagrosos aluden a su bisabuelo que era entomólogo. Y él, en fin, de aquí y de allí, toma elementos para formar una construcción más o menos sistemática. Pero este sistema no responde a una tradición intelectual, no responde a las preguntas de otros. No entra en preguntas ajenas, él tiene que tapar esa rasgadura (*Riss*), ese agujero que se ha abierto y ha traído consigo la catástrofe y el hundimiento del mundo. No se trata de establecer un diálogo con otros, sino de ficcionar una salida coherente con dicha experiencia catastrófica. Lo que plantea quizás tenga que ver más con una tradición metafísica y teológica, a la que Schreber no es ajeno, pero con la que él mismo no polemiza. Él está influido, pero no se siente partícipe de la tradición. No pretende dar soluciones a los problemas culturales de manera objetiva, a la manera que creen que hacen los intelectuales cuando “desinteresadamente” hacen sus propuestas, dirigiéndose a las almas si estamos en el plano religioso o a los hombres en general, o a la comunidad, a la sociedad o a la patria, etc.

No creo que el acicate que lo lleva a esa creación intelectual sea lo que los otros le formulan (aunque sea su propia pregunta invertida como decía Lacan); tampoco las preguntas, que la tradición ha dejado abiertas. Lo que más bien lo lleva a esas formulaciones es la exigencia yoica de dar una coherencia a lo que está fraguándose. Y, en efecto, en su argumentación, en sus elementos, en sus recursos y en su creación hay coherencia.

**Pregunta:**

*¿No será que él se pregunta por qué Dios no conoce a las personas en su interior por la experiencia con aquellos que lo rodeaban?*

**Respuesta:**

Si la pregunta supone una actitud indagadora y metafísica, no. Dios no conoce a los seres, ¿pero por qué no los conoce? Yo creo que esa pregunta no se la hace en ese plan. No es su pregunta. Parte del hecho de que Dios-Padre no los conoce, él mismo se encuentra desasistido. Cuando la voluptuosidad aumenta mucho, cuando la pulsión se hace presente de manera descarnada, los “rayos” se precipitan de una manera tan fuerte, que corre peligro incluso la existencia de Dios. Entonces se hace presente la amenaza para el sujeto de perder el hilo del discurso que está generando y sucumbir a un estado catatónico. Este es un tipo de miedo, otro temor que le inquieta es el de ser abandonado por los rayos, que los rayos se retiren y lo dejen plantado. Intentan volverle imbécil por todos los medios y, si lo consiguen, habrán conseguido realizar unos de los fines del complot, y lo abandonarán y lo dejarán tirado (*liegen lassen*). De un modo u otro, su miedo consiste en perder pie en el discurso.

La cuestión es, pues, ese dejar de ser en el lenguaje para quedar tirado. Este es el núcleo de su metafísica y alrededor de ello trama argumentos y figuras.

**Pregunta:**

*¿Qué papel cumpliría aquí la escritura, sería de separación?*

**Respuesta:**

La escritura lo separa del horror. Lo separa cuando no intervienen fuerzas extrañas. Pues, al comienzo, la escritura no lo separa del sufrimiento de estar bombardeado por las pulsiones sin trama. Al principio, el cuerpo despedazado campa por sus respetos por toda la superficie y por todos los órganos de Schreber. Es cuando esa escritura encuentra un destinatario cuando lo separa de la

catástrofe y logra poner fuera un elemento, una x. Este elemento excéntrico con el delirio orienta el sentido de su escritura y, por ende, de su acción y experiencia. Nace así un ideal al que apunta. Sea que la ciencia (Flehsig) reconozca lo que le pasa, la excepcionalidad que es él. Sea que un juez, el tribunal que puede levantarle la interdicción o sea quien sea el que juzgue, la cuestión es colocar ese elemento exógeno para mantener a distancia ese goce invasor. Ahora bien, no es lo mismo para él demandar atención de los científicos y mostrar a la ciencia que su cuerpo es un campo de fenómenos milagrosos, que demandar del juez el levantamiento de la inhabilitación que pesa sobre él. En este caso, el destinatario es un sujeto desexualizado, un juez distante, una figura separable del cuerpo pulsional que le puede dar carta de naturaleza.

De todos modos, quizá en esa separación que se produce con la obra ya hecha, concluida, libere algo y lo deje circular. Pues de alguna manera se desprende un objeto. Y es de las cosas que no retornan. No retornan sino en forma siempre múltiple como la realidad. Entonces quizá esa escritura dirigida en la trama de un ideal sea algo que estabiliza.

**Pregunta:**

*¿No podría ser más bien la escritura el efecto y no la causa de esa estabilización?*

**Respuesta:**

Cronológicamente funciona así. Es cuando empieza a escribir para una causa que cesan en gran medida los otros fenómenos. Aunque sólo en parte, pues fuera del asilo sigue asaltándole el fenómeno del alarido, sigue mirándose al espejo, poniéndose tocados de mujer, haciendo gestos, porque cree que todavía sigue existiendo eso. El delirio ha reducido sus manifestaciones más extravagantes, pero continúa.

El análisis que tiene Lacan va en este sentido. Cuando habla del cuarto nudo en relación a la escritura de Joyce afirma que Joyce se produce con su

escritura. No es que el sujeto escriba, sino que la propia escritura genera a Joyce. Lo que se escribe lo asume como ser, y por él desliza y amortigua las pulsiones. Habría que ver si eso en la clínica es verdad. Y parece cierto, porque cuando se trabaja con los dibujos y otras formas de expresión, a la postre lo que queda es una cierta escritura y un cierto decir. No es tanto el dibujo cuanto lo que se dice de él. La escritura para el propio Schreber, tal como él mismo reconoce, lo sitúa de manera más fija que el habla, pues ésta está en continua ebullición, mientras que aquélla queda ahí fijada como referencia. Ese verse en los enunciados que él mismo genera pienso que puede ser estabilizador, siempre que componga un cierto drama.

**Pregunta:**

*Hay religiones que tienen un sentido similar al de Schreber y no son más creíbles. ¿Qué le sugiere esto?*

**Respuesta:**

Dios está en el cielo, las almas son nervios; los nervios, cuando alguien muere, se desprenden y van al cielo, pero antes se deben purificar y convertirse en "vestíbulos del cielo" (*Vorhufe des Himmels*). En efecto, es similar a otras especulaciones religiosas, pues otros dioses que también lo son de la muerte, tampoco tienen contacto con los vivos. Muchos dioses esperan que nos muramos para repartirse las almas. Lo que hay de especulación metafísica puede ser incluso más coherente en Schreber, pero esta tendencia especulativa no es la esencia del delirio.

**Pregunta:**

*¿Qué cree que desencadena el delirio paranoico?*

**Respuesta:**

Cuando Schreber es nombrado presidente, recibe un cargo muy importante dentro de la judicatura alemana. Sus subordinados son mayores que

él, es gente con un prestigio y, por tanto, se trata de llegar a un sitio en donde muy fácilmente puede quedar en entredicho, puede resbalar. La sorpresa es peligrosa para él, incluso la sorpresa supuestamente grata. Schreber no quiere sorpresas. Hay otra cuestión que quiero añadir al respecto. Se trata del supuesto carácter del paranoico. A veces se afirma que estos pacientes tienen un carácter específico. Freud afirma que hay un corte, una irrupción y que un paranoico, por el hecho de serlo, no tiene que comportarse de una manera determinada. No existe el carácter paranoico. Paul sabía hacer ciertas ironías, incluso gracias en familia, tenía un cierto humor. Por otro lado, no era para nada un tipo voluptuoso ni tendente a la homosexualidad manifiesta. Hoy, posiblemente, ese delirio no tendría sentido. Schreber dice algo que nos da a pensar qué sucedería hoy con un delirio de ese corte. En sus memorias afirma que si Dios se fuera, si lo dejara plantado “yo tendría que estar continuamente pendiente de la mujer, conservando la mujer, los rasgos de la mujer, copiando la mujer, haciendo de mujer”. Es decir, hoy, tal vez, –dados los medios a su disposición- en lugar de delirar y construir un sistema metafísico, quedaría abocado al acto de una operación de cambio de sexo. Tal vez se estableciera de esta otra forma el sujeto, pero dudo entonces que éste se comprometiera en el laborioso esfuerzo de construir una metafísica.

**Pregunta:**

*¿Cómo sería el lazo social posible para Schreber hoy?*

**Respuesta:**

Ya hay asociaciones para todo. Si te operas solo, es difícil. Pero si hay grupo, si ya hay muchos antecedentes y con ello se consigue hacer lazo social, es una posibilidad. Creo que hay formas más fáciles de hacer lazo social que no impliquen tanto esfuerzo como el que tuvo que realizar Schreber escribiendo sus admirables memorias.

**Pregunta:**

*¿En qué medida le influye la sociedad en su modo de locura?*

**Respuesta:**

Yo creo que la sociedad cuenta para él. Pero él sabe y los otros no. Aquí no se trata de que alguien esté en falta, y el otro, la sociedad, tenga que reconocerle. La homosexualidad esa no sería como una elección de objeto, sería más bien una imposibilidad de construir otro simbólico. No se trata de deseo en torno a un objeto, capaz de apoderarse de algo del goce, sino de un goce inapropiable y no especularizable. Cuando aparece esta cuestión, Schreber no piensa en casarse o en vivir con alguien. No pretende, por ejemplo, seducir a Flechsig. Él no está en eso, la presencia de Flechsig se hace notar cuando sabe demasiado, y entonces, se queda prendido en esa rivalidad por el prestigio. Esto sería tan sólo la dimensión narcisista de la psicosis, pero dejaría oculta la dimensión más profunda, la del *Riss*, la de la desgarradura por donde se pierde el sujeto y se convierte en el objeto de goce del Otro. Lo que él tiene que justificar no debe hacerlo ante la sociedad, sino ante las instancias heredadas que lo llaman "hombre", "viril"; y entonces, él es, al pie de la letra, un hombre. Esto puede ser una forma delirante de ser, alguien que se crea realmente *un hombre*... Pero cuando eso falla, cuando las voces le dicen que se va a volver mujer y el cuerpo comienza a sufrir determinadas transformaciones a sus ojos, formas redondeadas, voluptuosidad, nerviosidad, etc., y está encarnando esa especie de mujer, entonces no está desarrollando una homosexualidad, sino intentando enhebrar una posición en torno a ese significante que lo nombra "mujer". No cualquier mujer, desde luego, sino la mujer de Dios, nominación que le viene desde lo real de su experiencia. Él tiene una cierta estructura anterior que le hace creer que él es *un hombre*, que es *un esposo* y, entonces, actúa como tal. Es dolorosamente contradictorio para él tener que convertirse en mujer. Pero ¿quién le impone ser mujer? Es un imperativo de goce dice Lacan. Las voces lo nombran mujer y desde ese momento él no puede resistirse a eso. Él es eso, esa fantasía que encarna como fundamento de toda la realidad psíquica. Si hubiera continuado bajo el imperativo de la fantasía de ser hombre, las gentes no se hubieran extrañado tanto, como ahora no lo hacen cuando alguien habiendo nacido varón se declara mujer y acude a la Seguridad Social. No hablo en contra de la dignidad de sujetarse a lo que sirva de andamio a la existencia de cada cual. En Schreber esa

fantasía de ser una mujer... ocupa toda la realidad psíquica, y la ocupa a pesar de él, de su anterior sostén en la existencia como "hombre". Esa fantasía introduce una contradicción no sólo en el orden lógico, sino en el ontológico y sobre todo en el moral. Por eso el yo debe justificar esa nueva posición del sujeto ante su cuerpo de mujer, su cuerpo de goce para...los hombres, y finalmente, para Dios. Como al comienzo no hay ninguna misión salvífica, ningún ideal que consienta con esa nominación, esa experiencia lo vuelve paranoico. Lo están convirtiendo en mujer, para gozar de él. No se trata de convertir su cuerpo de mujer en objeto fálico para el otro, -una mujer exuberante que atraiga el deseo-, sino de entregarlo a un hombre para que goce de su cuerpo de mujer. Ese "gozar de ella", para una mujer de entonces, debía sonar tan terrible como imposible es hoy que esto suceda. Pues la mujer reivindica su goce sin que nadie se atreva a hacer objeción e imaginariamente no se presenta como terrible. Esto no quiere decir que haya desaparecido el temor a la castración, al goce del Otro, pero sí que se ha desplazado a otras imposibilidades. Hoy puede representarse en la fantasía igualitaria ese goce de mujer, quedando reducida su consunción a un goce narcisista. Al otro lado de la experiencia de goce, al lado de la castración, tan sólo queda la angustia del acto invasivo o la salida del acto audaz y psicopático. Hoy se hace un poco más difícil que se instale el síntoma histérico en esa mujer caracterial e igualitaria.

**Pregunta:**

*¿Cómo entender la locura hoy bajo las condiciones de los saberes expertos?*

**Respuesta:**

Lo que sucede con Daniel Paul queda lejos de las explicaciones hoy en uso: la pericia de estos saberes no se detiene, no tiene tiempo para comprender. Una explicación posible es la realizada por el psicoanálisis. El sujeto encuentra que el lugar del deseo del Otro está vacío, allí donde debería leer este deseo encuentra un vacío, un agujero, ante el cual sólo le cabe la creación *ex nihilo*.



Pero, hoy, el loco ya no es un loco, sino alguien que sufre un trastorno modificable, aislable, tratable por un saber científico y experto. No se aborda al sujeto, sino al mecanismo que se ha desviado de su función. Del sujeto, en el sentido que plantea el psicoanálisis, nada se quiere saber.

**Pregunta:**

*¿En qué consiste la cura de la psicosis?*

**Respuesta:**

La cura, se supone, consiste en esa estabilización a partir del cuarto nudo. Sea la escritura, sea la pintura, sea cualquier elemento que anude los registros imaginario, simbólico y real, de manera siempre precaria. Tal vez, como apunta la clínica lacaniana, se pueda favorecer esa creación, colocándose en una posición neutra, no haciendo semblante, no tomando cartas en el asunto imaginario, sino convirtiéndose en el objeto de desecho.

**Pregunta:**

*¿Cómo entender el sujeto en la psicosis?*

**Respuesta:**

El sujeto está incrustado en esa fantasía, es ése que se convierte en mujer, ése que lucha contra el perseguidor Flechsig, ése que se va deslizando no por la cadena significativa al uso, sino por ese hiperespacio imaginario en el que se coloca, en imparable movimiento de ping pong, cuando no cae en ese agujero en que se hunde el mundo y desaparecen los otros. La dignidad está tanto en el loco como en quien, en la actualidad, sufre *trastornos*. Está en uno y en otro, pero está supuesta, si es que se admite la existencia del sujeto. Si por el contrario, se piensa que existe simplemente un mecanismo, del que la ciencia tiene ya el saber suficiente para ignorar la biografía y la particularidad del deseo y la identidad, entonces ya no hay lugar para la palabra de quien se queja o delira. La dignidad está en cada sujeto si se le cede un lugar en el discurso. El psicoanálisis lo hace,

no está tan claro que la psicología u otros saberes expertos lo hagan.

El dejar ese espacio, ese lugar al sujeto al suponerlo, es lo que permite un cierto recorrido a ese “algo” que es *alguien*, y que se desliza por el discurso siendo afectado en su cuerpo. El sujeto del inconsciente se desliza por esos enunciados, de los que el propio individuo consciente nada sabe. Esos enunciados de los que estamos hechos, tales como “que bello sería ser una mujer en el momento del coito”. En este caso lo que sucede es una falla no en el enunciado, sino en el puente, en la conexión, en el nudo que permitiría al sujeto deslizarse de una fantasía a un síntoma o a una actuación inconsciente y fantasmática. Aquí ese fantasma se hace real y consciente.

Como se ve, todos somos a través del lenguaje que hemos ido creando. Somos seres biológicos, es evidente. Pero todos estamos viendo, oyendo, percibiendo desde el horizonte que ese lenguaje nos presta, y sin el cual nada humano existiría, ni historia, ni biografía, ni religión, ni filosofía, ni pensamiento ni arte, ni nada. Somos ahí deslizándonos por esa gran cadena del ser de lenguaje, cuyos frenos y topes están fijados por accidentes biográficos y particularidades. Otros animales superiores no habrían accedido a la dignidad, por no ser considerados seres hablantes que guardan en su corazón el tesoro de la verdad. Pues la animalidad no es, en último extremo, sustancia, sino una de las formas de negación de la palabra a un sujeto posible. Sírvanos de referencia la existencia de animales-dioses en culturas anteriores. Anubis, por ejemplo, tal como aparece en la “Sala de las Dos Verdades o Sala de la Pesada”, se encarga, junto a Horus, “...de conducir al difunto para que su corazón sea pesado en la balanza para que no pueda ser trucado, y Tot apuntará el resultado de la pesada. Por ello, ambos dioses llevan el título de “El que Cuenta Corazones”<sup>37</sup>.





NOTAS

1. SCHREBER, D. P. *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*. Taschenbücher Syndikat. Frankfurt am Main, 1985. Para facilitar la comprensión se usará conjuntamente la traducción en castellano. *Memorias de una neurópata*. Ed. Argot. Barcelona, 1985.
2. FREUD, S. *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia ("Dementia paranoides") Autobiográficamente descrito*. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 1972. Traducción de Luís López-Ballesteros y de Torres, O.C. t. IV, p. 1487.
3. Sobre todo a partir de la publicación de *Wandlungen und symbole der libido*. Jhb. Band 3-4 Rascher & Cie. Zürich, 1912. Hay traducción en castellano. *Símbolos de transformación*. Ed. Paidós. Barcelona 1982.
4. *Correspondencia S. Freud /C. G. Jung*. Carta 240F, de 14 de marzo de 1911. Ed. Taurus, Madrid. 1979. p. 465. Se trata de una expresión de Schreber que apunta al nódulo paranoico.
5. *Ibidem*. Carta 243J de 19 de marzo de 1911. p. 469.
6. FERENCZI, S. *Sigmund Freud, Sandor Ferenczi, Correspondencia completa 1908-1911*. Vol I.1. Carta de Freud a Ferenczi, Viena, 16 de diciembre de 1910.
7. *Correspondencia completa (1908-1939) Sigmund Freud, Ernest Jones*. Ed. Síntesis. Madrid, 2001. Carta 22 de enero de 1911, Viena. P. 134.
8. Este artículo aparecería en el verano de 1911, incluido en la primera parte del Jahrbuch, tomo III, seguido de "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso, autobiográficamente descrito, de paranoia (Dementia paranoides)"
9. Schreber dice textualmente: "Es war die Vorstellung, dass es doch eigentlich recht schön sein müsse, ein Weib zu sein, das dem Beischlaf unterliege". *Denkwürdigkeiten... p. 30*.
10. Pensemos en los dos años, del 1900 a 1902, en que establece un proceso judicial, durante el cual trata por todos los medios que se le reconozcan los derechos y se le retire la inhabilitación.
11. FREUD, S. *Observaciones psicoanalíticas... nota 914*, p. 1514.
12. LACAN, J. *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. Escritos II. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1983. p. 251.
13. LACAN, J. *Seminario 9, La Identificación*, inédito. Clase 18, 2 de mayo de 1962.
14. DEVREESE, D., ISRAËL, H., QUACKELBEEN, J. *Schreber inédit*. Ed. Seuil. París, 1986. p. 153.
15. FULBROOK, M. *Historia de Alemania*. Ed. Cambridge University Press, 1995.
16. MANNONI, O., *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1973. p. 70.
17. En *De una cuestión preliminar a todo tratamiento...*, Lacan afirma:
 

Para que la psicosis se desencadene, es necesario que el Nombre-del-Padre, *verworfen*, recusado (*forclus*), es decir sin haber llegado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en posición simbólica al sujeto.

Es la falta del Nombre-del-Padre en ese lugar la que, por el agujero que abre en el significado, inicia la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante.

Pero ¿cómo puede el Nombre-del-Padre ser llamado por el sujeto al único lugar de donde ha podido advenirle y donde nunca ha estado? Por ninguna otra cosa sino por un padre real, no en absoluto necesariamente por el padre del sujeto, por Un-padre.

Aún así es preciso que Un-padre venga a ese lugar adonde el sujeto no ha podido llamarlo antes. Basta para ello que ese Un-padre se sitúe en posición tercera en alguna relación que tenga por base la pareja imaginaria a-a', es decir yo-objeto o ideal-realidad, interesando al sujeto en el campo de la agresión erotizado que induce." p.263.

18. Literalmente "alabanza, elogio de Dios".
  19. LACAN, J. *De una cuestión preliminar...* p. 246.
  20. SCHATMAN, M. *El asesinato del alma: la persecución del niño en la familia autoritaria*. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1977. pp. 45 y ss.
  21. Ibidem. p. 30.
  22. A pesar de la coincidencia, nada tiene que ver C. Jung, su marido, con quien contrajo matrimonio a los 23 años en 1864, con el psicoanalista C. G. Jung, discípulo de Freud.
  23. *Behr*, es prácticamente homófono de *Bähr*, que significa oso. En el delirio aparecerán ciertos osos que le miran con ojos de fuego, con una mirada insoportable.
  24. SCHREBER, D. P. *Denkwürdigkeiten...* p. 33. En la edición en castellano p. 57.
  25. Schreber tomó yoduro de potasio, supuestamente para regular la glándula tiroides. También tomó hidrato cloral, prescripción que se hacía en ese tiempo, para calmar la ansiedad y evitar el insomnio. Esta sustancia, sintetizada por Liebig en 1832, la introdujo en medicina Liebreich por sus propiedades hipnóticas y anestésicas. Otra sustancia con la que fue medicado, el sulfonal, presentaba igualmente propiedades hipnóticas.
  26. SCHREBER, D. P. *Denkwürdigkeiten...* p. 35-36. En la edición en castellano p. 60
  27. SCHREBER, D. P. *Denkwürdigkeiten...* p. 193 y ss. En la edición en castellano, p. 286 y ss.
  28. SCHREBER, D. P. *Denkwürdigkeiten...* p 192-193 En la edición en castellano pp. 277-278
  29. LACAN, J. *De una cuestión preliminar...* p. 252.
  30. Ver nota 12.
  31. SCHREBER, D.P. *Denkwürdigkeiten...*En la versión alemana se lee: "Eh' Dich der rechte Friede liebt- / Der stille Gottesfriede- / Der Frieden, den kein Leben giebt / Und keine Lust hienden, / Da thut es Noth, dass Gottes Arm / Dir eine Wunde schlage, / Dass Du musst rufen: Gott erbarm', / Erbarm' Dich meiner Tage, / Da thut es Noth, dass sich ein Schrei / Aus Deiner Seele ringe, / Und dass es dunkel in Dir sei / Wie vor dem Tag der Dinge, / Da thut es Noth, dass ganz und schwer / Der Schmerz Dich überwinde. / Dass sich nicht eine Träne mehr / In Deiner Seele finde, / Und wenn Du ausgeweint Dich hast / Und müde bist, so müde, / Da kommt zu Dir ein treuer Gast / Der stille Gottesfriede." p. 87. En la edición en castellano p. 132
  32. SCHREBER, D. P. *Denkwürdigkeiten...* nota 96, p. 153. En la edición en castellano, nota 96, p. 222-223.
  33. En 1963, en el Seminario de la Angustia, Lacan afirma: "Antes del estadio del espejo, lo que será i(a) se encuentra en el desorden de los a minúsculas que todavía es cuestión de tenerlos o no tenerlos. Éste es el verdadero sentido, el sentido más profundo a darle el término de autoerotismo, le falta a uno el sí mismo, por así decir, por completo. No es el mundo exterior lo que le falta a uno, como se suele decir impropiamente, sino uno mismo.
- Aquí se inscribe la posibilidad de este fantasma del cuerpo despedazado que algunos de ustedes han encontrado en los esquizofrénicos". *El Seminario 10: La Angustia*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2006. p. 132.
34. En 1956, Lacan introduce este término en el análisis de la psicosis: "¿Por qué este esquema mínimo de la experiencia humana, que Freud nos dio en el complejo de Edipo, conserva para nosotros su valor irreducible y sin embargo enigmático? ¿Por qué quiere siempre Freud, con tanta insistencia, encontrarlo por doquier? ¿Por qué es ese un nudo que le parece tan esencial que no puede abandonarlo en la más mínima observación particular? Porque la noción del padre, muy

cercana a la del temor de Dios, le da el electo más sensible de la experiencia de lo que llamé el punto de almohadillado entre el significante y el significado.” *El Seminario 3: La Psicosis*. Ed. Paidós. Barcelona, 1984.

35. Octave Mannoni en 1969 afirma: “Entre la época en la cual, en el patio del Hospital de Sonnenstein, insultaba violentamente al sol y vociferaba sembrando la confusión entre el resto de los internados (para reducir los “Nervios” al silencio), y el momento en que lo relata por escrito, hay sin duda lo que podríamos llamar un espacio de “tiempo terapéutico” y el distanciamiento de la enfermedad en su recuerdo. Pero esto no es del todo exacto, puesto que el mismo Schreber nos asegura, en lo que escribió para los jueces después de haber terminado su libro, que seguía siendo víctima de accesos de aullidos que no dependían de su voluntad. Incluso teniendo en cuenta una mejoría, indudable, de su estado, hay sobre todo otra distancia, entre la posición de autor y la posición de sujeto -inmediato y sin protección- de la palabra”. *La otra escena... p. 62*

36. Schatzman hace un inventario minucioso de estos procedimientos ideados por el padre en la obra ya citada.

37. CASTEL, E. Diccionario de Mitología Egipcia. Ed. Alderabán. Madrid. 1995. p. 51.